

MADRID: Oficinas de este periódico, y en las librerías de Bailly-Baillière, plaza del Príncipe Alfonso; Publicidad, Pasaje de Mathou, y Moya y Plaza, Carretas, 8.

EL REINO.

MADRID: En la Administración, un mes 12 rs., tres meses 32, seis meses 60. —Por los comisionados: un mes 14 rs., tres meses 36, seis meses 70.

Año V.

Este periódico se publica todos los días, por la tarde, excepto los domingos.

Viernes 28 de Agosto de 1863.

Redaccion y Administracion, calle de Preciados, núm. 57, cuarto bajo.

Núm. 1178.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincia cuyo abono termina en fin del presente mes, se servirán renovar oportunamente para no experimentar retraso en el recibo de nuestro diario.

OTRA.

Con el fin de evitar extravíos en las cartas que contengan sellos de franqueo para pago de suscripciones, suplicamos a los que las remitan se sirvan certificarlas.

DESPACHOS TELEGRAFICOS.

DEL EXTERIOR.

Berlin 26.—El emperador de Rusia ha enviado a Baden uno de sus ayudantes encargado de una misión extraordinaria.

La retirada del príncipe Constantino del mando de Polonia es evidente.

Flabouski y Lipowicz han sido ahorcados en Vilna. Los insurrectos se muestran muy animosos.

Cracovia 26.—En el palatinado de Spodmir aumenta la insurrección.

Breslau 26.—Se han cerrado las iglesias en Wielun en señal de luto de los fieles por la deportación del obispo Felinski.

Ha habido dos encuentros en Zloczow. Los cosacos fusilaron a tres propietarios que pasaban en carruaje por Blaski.

Ha aparecido en Varsovia otro diario clandestino con el título de la Libertad.

Francfort 26.—Austria no ha desistido de sus pretensiones a la presidencia. Reina concordia entre los soberanos. El emperador de Austria tendrá pronto una entrevista con la reina de Inglaterra.

Constantinopla 26.—El príncipe Couza, en una nota dirigida a la Puerta, declara como definitivo el secuestro de los bienes de los conventos, indicando que serán indemnizados.

París 27.—Quedan el 3 por 100 a 67-65; el 4 1/2 a 96-85; el interior español a 51 1/4; el exterior a 100; la difidida a 90, y la amortizable a 33 1/2.

Londres 27.—Quedan los consolidados de 93 3/8 a 1/2.

SECCION OFICIAL.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta real familia continúan en el real sitio de San Ildefonso sin novedad en su importante salud.

MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA.

Dirección general del registro de la propiedad.—Sección 3.ª

La Reina (Q. D. G.) se ha servido nombrar para el registro de la propiedad de Sort, provincia de Lérida, a D. Amargol Aguiló, a D. Felipe del Puerto y Parra, vacante por renuncia de los anteriores nombrados; para el de Toledo, provincia de id., a don Juan Bautista Lobo, registrador de Segura de la Sierra; para el de Albacete, en la misma provincia, a don Juan Manuel de Quintana, que sirve de el Alcaide; y para el de Granada, provincia de Cáceres, a D. Manuel Peña y Gomez, vacante por traslación de los que los desempeñaban, cuyos individuos han sido propuestos en las respectivas ternas formadas por esta Dirección. Al mismo tiempo ha tenido a bien mandar S. M. que desde la publicación de estos nombramientos en la Gaceta de Madrid empiece a contarse el plazo de los cuarenta días que para la prestación de las respectivas fianzas se fija en el art. 252 del reglamento general para la ejecución de la ley hipotecaria.

FOLLETIN.

BELLA-ROSA.

NOVELA POR M. AMADEO ACHARD.

(CONTINUACION.)

Durante esta pequeña perorata, La-Deroute y Gripard cortaron las correas y obligaron, pistola en mano, que todos los criados y zagales se apeasen. Al momento que Bella-Rosa soltaba las riendas, emprendieron todos a escape. Al cabo de un minuto el ruido de los caballos se perdió en el espacio. Cuando el señor de Charny llegó a la puerta de Saint-Denis, nada habían visto. Los cuatro caballeros habían desaparecido como fantasmas. A un cuarto de legua de París, Bella-Rosa hablase vuelto repentinamente hacia Saint-Denis por medio de atajos, dejando al señor de Charny que corría delante. Al apuntar el alba, los cuatro fugitivos llegaron a Chantilly, en donde preguntaron por el señor de Pomeroux. El joven conde estaba almorzando, ya vestido de viaje, con botas de montar y con espuelas; recibió a Bella-Rosa con los brazos abiertos. —¡Diciembre! exclamó él, ya os esperaba. Yo no sabía cómo os manejarías, pero casi estaba seguro que llegarías. Cuando le contaron cómo se habían gobernado para salir del convento, el conde se puso a reír a rienda suelta.

SECCION DE PROVINCIAS.

Dice El Valenciano:

«Ha sido aprobado por la dirección general del ramo el proyecto de camino vecinal de Silla a la estación del ferrocarril de Almansa a Valencia, situada en el referido pueblo. Este proyecto obra ya en este gobierno de provincia, para proceder dentro del menor plazo posible a la construcción de las obras.»

Los vecinos de Silla y Benifayó no podrán menos de felicitarse por las ventajas que esta vía debe reportarles, a juzgar por el contenido de la Memoria redactada por el director de caminos vecinales D. Honorio Bosch y Figaro, ayudante de obras públicas de esta provincia, el cual ha sido destinado con aquel carácter a la provincia de Teruel.

Ya a propósito. Es ciertamente notable el desarrollo que en las mejores materias observamos en la vecina provincia. Además de nombrar el personal facultativo que ha de entender en la formación y construcción de los caminos vecinales, ha consignado en sus presupuestos la cantidad de 600,000 rs. para que se inviertan en esta clase de obras durante el resto del año.

De desear sería que nuestra diputación diese todo el impulso posible al desenvolvimiento de las mejores, ya que cuenta con mejores elementos, no solo para organizar un personal facultativo que llene las condiciones, sino también con una zona más productiva y otros medios de que disponer. Así se llevaría el remedio a las apremiantes necesidades de los pueblos que todavía hoy no cuentan con medianos caminos vecinales que les unan a las grandes vías para el transporte de sus productos.»

—Del periódico El Maestrazgo copiamos el siguiente artículo:

«SOCIEDADES DE CRÉDITO.—El espíritu de asociación que en tan grande escala se difunde desde las más populosas ciudades hasta las poblaciones menos numerosas, está llamado a realizar la regeneración de este privilegiado país, que hace pocos años yacía inerte y empobrecido en medio de la abundancia de sus grandes recursos; despierta del letargo en que le tenían sumido las odiosas y repugnantes tiranías que le imponían una más inhumana arbitrariedad, y protegido por la mano del gobierno, las instituciones y la ciencia, marcha con paso de gigante a esolar la cumbre de la prosperidad y la gloria, anhelando el momento de reobrar su merecida importancia entre los pueblos más pujantes y florecientes del universo, al pesado sueño a que se halló reducido por un larguísimo período, ha sucedido la animación más asombrosa, el deseo más ardiente de esperar, la decisión más unánime de ponerse al nivel de las naciones más poderosas y cultas; vías férreas, carreteras y caminos transversales, ensanche y embellecimiento de poblaciones, suntuosos edificios y encantadores paseos, demuestran al genio observador la transformación de este pueblo, en que todo es vida y animación, como si quisiera desquitarse en breves días del precioso tiempo que perdiera en largos años entregado al ocio, al abandono y la ignorancia.»

Las sociedades de crédito y los capitalistas deben aprovechar esta gran predisposición del pueblo para empujarle a las grandes tareas, a las árduas empresas, al acrecentamiento de las artes, industria y manufacturas, a perfeccionar y dar ensanche a las labores agrícolas, y a facilitar al comercio multiplicados ramos a que puede dedicarse para aumentar su fortuna, acrecentando al paso la pública riqueza. Los genios más perspicaces y emprendedores se unirán con frecuencia, imposibilitados de llevar a cabo los más grandes pensamientos por falta de recursos; y esta lamentable fatalidad se observa en cuantos ramos constituyen la abundancia y felicidad en todo país en que el numerario, por grande que sea, se encuentra depositado en las arcas de un reducido número de personas ó banqueros.

Las sociedades de crédito y los capitalistas pueden conciliar el aumento de sus intereses con aumento a la vez de las fortunas de sus conciudadanos, prestándoles su apoyo y protección, y facilitándoles medios para ocuparse en todo cuanto tienda a cubrir sus necesidades y al aumento de la pública riqueza.

Nada hay más fácil en la época que atravesamos, que el que una sociedad de crédito ó un número dado de capitalistas logren aumentar considerablemente sus caudales hasta el extremo de hacerse los más poderosos; pero este pensamiento, que puede parecer tan fácil, es en realidad muy difícil, y no muy hermano con la religión y la conciencia.

En buena hora dirijan sus operaciones y negocios al aumento de su riqueza; justísimo es que sus tareas y desvelos alcancen el fruto que se proponen; pero todo esto puede conciliarse muy bien en obsequio de las demás clases y de ellos mismos, y esto se logra con destinar una gran parte de los capitales a mejorar la agricultura, la industria y artes, empleando los brazos que se hallan ociosos por falta de trabajo, y por consecuencia, destruyendo el pauperismo y la mendicidad que no deben existir en nuestra España.

Las cortas dimensiones de nuestro periódico nos imposibilitan por hoy el tratar esta delicada materia con la extensión que deseamos; pero lo haremos en otros artículos, en que examinaremos minuciosamente la constitución de las sociedades conocidas, las ventajas

que proporcionan, los resultados que han dado hasta el día y lo que puedan dar en lo sucesivo en beneficio del público y de las mismas.»

EL CAMPAMENTO DE CHALONS.

De una carta que tenemos a la vista, escrita el 20 del actual por uno de los oficiales españoles que se encuentran visitando el campamento de Chalons, copiamos los siguientes párrafos, en que se describen las costumbres militares del campo de maniobras francés, y en que se da cuenta de los obsequios con que el emperador Napoleón distingue al señor duque de Tetuan.

Nosotros, que, como otro día hemos dicho, nos complacemos en que nuestros compatriotas sean distinguidos en el extranjero, tenemos una verdadera satisfacción en que los talentos militares del duque de Tetuan le hayan conquistado el aprecio y las simpatías que tan ostensiblemente le demuestra el emperador de los franceses.

«El emperador invitó al duque de Tetuan a pasar unos días aquí, y le venido acompañándole con algunos otros militares españoles.»

Llegamos al campamento anteayer a la una y media de la tarde. En la estación de Mourmelon, que dista tres cuartos de hora del campo, nos aguardaba una carretela a la Daumont, con cuatro caballos, cuatro lacayos, y correo de gabinete, para conducir al general O'Donnell a la tienda del emperador Napoleón.

A nuestra llegada, el emperador salió de la tienda y bajó los primeros escalones para recibir al duque de Tetuan: la visita, que fué muy afectuosa, duró media hora. Después nos hizo entrar a nosotros, y tras una corta conversación, en la que nos dijo que la emperatriz enseñaba el español al príncipe imperial, mandó al coronel conde de Lepic que nos acompañase a nuestras tiendas, preparadas de antemano. Al despedirse el general O'Donnell, el emperador le apretó la mano afectuosamente, diciéndole que podría un ayudante suyo a sus órdenes, para acompañarle a donde quisiera.

Nuestras tiendas están adornadas con bastante lujo. A la derecha de la del emperador se levanta la de S. A. R. el príncipe de Hohenzollern, general prusiano, la cual habita con un hijo suyo. A la derecha de esta está la del general O'Donnell, y detrás la nuestra. Casi todas estas tiendas tienen sala-despacho y otra sala con tocador y dormitorio. Nada falta en ellas: sillones, escritorios, velador, cama, mesa de noche, cómoda, cortinajes, alfombras, y, para concluir, hasta hay una almohadilla con alfileres en medio de la escribanía. La tienda del general O'Donnell es mucho mejor que la nuestra que acabo de describir.

A las siete de la mañana los criados del emperador nos traen a la tienda café con leche, pan y manteca ricamente servido. A las diez y media almorzamos con el emperador, sus mariscales y demás generales. A las cinco comemos igualmente con S. M. I., tratándonos de una manera que corresponde a su grandeza. Nuestros criados y caballos son también mantenidos y cuidados con esmero.

En la mesa, en el café, y después en el salón de fumar, en el cual estamos generalmente una hora en conversación, reina una franqueza verdaderamente militar, franqueza que observa el emperador y que alcanza hasta al soldado. Existe en el ejército francés una línea divisoria muy marcada entre el trato oficial y el particular, es decir, entre los actos del servicio y los actos sociales. Durante este rato de conversación, el emperador recorre el salón fumando cigarrillos de papel, y habla hasta con el último jefe ó oficial de ordenanza que se encuentra en él; pregunta algo a todos, y escucha mucho; se chaceña sobre cosas indiferentes con sus mariscales y generales; pero en medio de esta cordialidad militar, cuando se trata de un asunto del servicio, se observa la más atenta subordinación de inferior a superior en todas las clases, y entonces cada cual está en el lugar que le corresponde por su categoría; entonces también los mariscales se acercan al emperador con el mayor respeto. Este contraste me sorprendió. Ayer en una prueba hecha con un telégrafo portátil, vi al emperador que tuvo largo rato su mano sobre el hombro de un soldado y le hablaba como si fuese un compañero suyo; el soldado contestaba sin embarazo, con la gorra quitada.

nadie se fijaba en Bella-Rosa y Cornelio. Pasaban ellos también como soldados de fortuna a la vista de todos. La casa del rey estaba en Compiègne, donde había llegado ya Luis XIV. La Francia entera estaba en la expectativa de uno de esos grandes acontecimientos que hacen temblar los reinos por su base. Cuando el señor de Pomeroux y Bella-Rosa llegaron a la frontera, Flandes estaba erizado de bayonetas. El ejército se concentraba en Charleroi. Al llegar cerca de Arrás, Bella-Rosa se informó acerca del punto donde se hallaba el cuartel del señor de Luxemburgo. El duque tenía su alojamiento por la parte de Marchienne. Bella-Rosa le participó a Cornelio y a La-Deroute, y partieron aquella misma noche, después de haberse despedido afectuosamente del señor de Pomeroux.

—¡Buena suerte! les dijo el conde; si os aconteciese alguna desgracia, contad conmigo.

—¡Bah! dijo La-Deroute, tenemos al regimiento de la Ferté con nosotros; las gentes del señor de Charny no querrán, por cierto, habérselas con la artillería.

En toda la extensión del camino desde Arrás a Marchiennes los campos estaban hermosísimos, y se veían por todas partes fuegos. Oíanse en el silencio de la noche cantos de soldados que bebían en sus tiendas. Los corceos eran continuos llevando órdenes a los jefes de los cuerpos, y se veían en medio de la oscuridad regimientos que con el mayor silencio iban andando por aquellas llanuras. El señor de Luxemburgo tenía el mando del cuerpo que estaba ya en la frontera. La actividad y el orden reinaban por todas partes. El ilustre capitán que debía un día ser sucesor del príncipe de Condé y del vizconde de Turenne y sostener el honor del pabellón francés, había establecido entre las tropas la disciplina más rígida.

Insustancial, irregular y voluptuoso en su vida privada, llevaba en las cosas de la guerra una prontitud, una firmeza, una acción, que imponían respeto y obediencia. Su golpe de vista tenía la certeza que necesitan los grandes generales; su bravura igualaba a la del príncipe de Condé, cerca del cual, y con el nombre

Ayer vimos trabajar las brigadas y después pasamos a ver cómo la artillería tiraba al blanco. Más tarde hubo una prueba de cañón y la del telégrafo portátil. Finalmente, íbamos a visitar las tiendas, pero la lluvia nos lo impidió. Creo que permaneceremos aquí hasta el domingo. Para el sábado estamos convidados a comer en la tienda del mariscal Baraguay d'Hilliers, para lo cual ha pedido permiso a S. M.

Las comidas en la tienda del emperador son muy bien servidas, y abundan en ellas los manjares de toda especie. En el almuerzo de estos días éramos en la mesa veinticinco ó treinta convidados, y de cincuenta a sesenta a la hora de la comida. En la mesa del emperador se sientan siempre algunos jefes de cuerpo; así halaga al ejército, y este en cambio adora en él, pues el soldado francés goza de ventajas y consideraciones en todas partes, hasta si sube en un simple omnibus.

Ayer había en la mesa imperial generales prusianos, ingleses y españoles. En los primeros días de nuestra llegada el general O'Donnell se sentaba a la derecha del emperador. Ayer, como llegó un nuevo huésped, ocupó su lugar el general prusiano príncipe de Hohenzollern, quien tenía a la izquierda a su hijo; seguía después el mariscal Baraguay d'Hilliers. Enfrente del emperador se ha sentado constantemente el príncipe Murat (hijo), que es en la actualidad teniente coronel de guías. Ayer tarde el duque de Tetuan ocupaba la derecha del príncipe Murat, y la izquierda de este el mariscal Randon, ministro de la Guerra; a la derecha del general O'Donnell estaba el general inglés Hamilton, que era coronel de la guardia en la guerra de Crimea, y finalmente, seguían por su orden los generales de división, de brigada, etc.»

El sábado último falleció en Zaragoza, después de un largo y penoso padecimiento, el Sr. D. Cipriano Domínguez, magistrado supernumerario de la Audiencia del territorio.

Su familia ha perdido un esposo tierno y un padre cariñoso a la vez; sus relacionados, un amigo sincero; la toga española uno de sus más probos é ilustrados individuos, y la patria un servidor fiel y leal.

Nosotros no queremos escribir una biografía del finado, porque ni el espacio de que disponemos ni la índole del periódico lo consenten. Cómplenos, sin embargo, decir a grandes rasgos, que desde el año 1825 en que se recibió de abogado en la chancillería de Valladolid, hasta el 11 de Octubre de 1856 en que se le nombró magistrado de Sevilla, ora ejerciendo la profesión, ora regentando la jurisdicción ordinaria; ya desempeñando las funciones de síndico y teniente alcalde de León, ya las de juez suplente en ausencias y enfermedades de los propietarios; así en la fiscalía de imprenta, como en la junta literaria de aquella provincia; lo mismo en la comisión de instrucción pública que en la asesoría general de Castilla la Vieja. D. Cipriano Domínguez se ha desvivido por el bien público.

Las simpatías que supo granjearse en Palencia, Huesca y Lérida, cuyos juzgados de término obtuvo, lo mismo que en la capital de la nación cuando se le agració con el del distrito de la Universidad, constituyen una prueba más de que en todas partes ha sido recto, justiciero y tolerante; carácter que ha conservado hasta los postreros instantes de su vida.

De buen grado estaríamos un pequeño extracto de sus relevantes méritos políticos; mas las razones arriba indicadas lo impiden. Con todo, diremos que ya se distinguía como miliciano nacional voluntario del libérrimo pueblo de León, de donde era hijo, en la época constitucional del 20 al 23, lo cual le valió sufrir terribles persecuciones al restablecimiento del régimen absoluto, y pagar enormes multas a los esbirros serviles.

Durante la guerra civil hubo de abandonar muchas veces la pluma y el birrete para esgrimir en el campo la espada contra los rebeldes: su entusiasmo y adhesión por la causa liberal fueron tan notorios, que sus conciudadanos le honraron sucesivamente con todos los grados de la Guardia urbana hasta el de comandante inclusive, y con el baston de jefe político en los azarosos días de Setiembre de 1841.

En el último período de su carrera ha sido magistrado de Cáceres, Sevilla y Zaragoza, y antes de venir a esta ciudad permaneció en Madrid tres años como vocal de la junta superior consultiva de archivos del ministerio de Gracia y Justicia.

Hé aquí en bosquejo la larga carrera de D. Cipriano Domínguez: en la mansion de los justos habrá ya recibido el galardón de sus virtudes, mientras que acá en la tierra se le tributa el único obsequio póstumo que algo humano significa: el llanto de la familia y el recuerdo de sus numerosos amigos.

EL REINO.

MADRID 28 DE AGOSTO DE 1863.

XXIII.

POLÍTICA EXTERIOR.

I.

Las cuestiones internacionales son las grandes cuestiones de nuestra época. El estado intelectual y moral de la sociedad presente; los pasos gigantescos con que camina en su seno la civilización, han creado un gran principio: el de la solidaridad de altos y poderosos intereses entre las naciones cultas. Sin que pueda negarse que este principio ha sido reconocido también en el pasado, no es menos cierto que en nuestro siglo, más que en otro alguno, ha servido y sirve de fundamento y de razón creadora a las grandes manifestaciones de la existencia de los pueblos. Y así había de ser, en efecto, para que la ley redentora del progreso no fuese un nombre vano; el progreso es hijo de la verdad cristiana; el mundo moderno, el hombre del cristianismo, la sociedad que viene constituyendo desde hace veinte siglos, tenía un punto de partida en la historia, tan magnífico como esencialmente distinto del que sirvió en su marcha a las antiguas sociedades. La razón ciega de la fuerza, el carácter de aquel tradicional materialismo, crisálida del hombre de otros días, se rompió para siempre a los fulgores de la luz evangélica. Un nuevo derecho, universal, constante regenerador, vino a imperar en la conciencia humana; el hombre, la sociedad moderna, habían de tener su punto de partida y su aspiración suprema en ese derecho. Ese derecho en todas sus derivaciones, en todas sus fases, ha sido el apoyo natural de todas las causas justas y nobles; ejerciéndolo el oprimido contra el opresor, el débil contra el fuerte, el esclavo contra el despota inhumano, la mujer redimida contra la odiosa ley de su primitiva abyección, la familia y el ciudadano contra la absorción tiránica del Estado que los deprimía, todos han contribuido en su nombre a levantar el grandioso edificio de nuestra civilización y de nuestra grandeza moral.

Pues bien: al frente de las relaciones de unos pueblos con otros, se halla también escrita esa solemne palabra del derecho. Y por lo mismo que ha sido la idea generadora de nuestras relaciones internacionales, estas relaciones son hoy y deben ser el objeto preferente de los gobiernos y de los países. Nadie puede dudarlo, nadie lo desconoce, sobre todo en estos instantes en que el mundo se agita en un alborramiento laborioso, en que surgen por doquiera nuevos y fecundos principios al calor de las ideas, al contacto de los acontecimientos. Nadie puede dudar que ante esas altas cuestiones de política exterior, no solo parece comparativamente pequeño lo interior, lo que solo se refiere a la vida íntima y privada de una colectividad nacional, sino que de hecho lo es. Al lado de tales intereses, son realmente mezquinos y secundarios los de la política vulgar. Los intereses que se ventilan en el rin-

—¡Al fin, dijo el señor de Nancrais, os han puesto en libertad? —Es decir, que me la he buscado. —Bien; sea como sea, ya no volveréis a estar preso. El ejército es un asilo.

—¡Es un paraíso! murmuró La-Deroute. El señor de Nancrais se sonrió, mirando al sargento.

—En cuanto a vos, si vienen a buscaros, tenéis la alabarda para defenderos.

El señor de Nancrais hizo entrar a Bella-Rosa en la habitación del señor de Luxemburgo. Al nombre del coronel, el general se volvió precipitadamente.

—¿Tenéis despacho? preguntó.

—Le tengo, respondió el señor de Nancrais, sacando un pliego; señor duque, luego tendréis ocasiones para demostrar vuestra pericia y valor militar en contra de los enemigos del rey y del país; ahora se os presenta la ocasión de demostrar vuestra generosidad. Tengo el honor de presentaros un oficial que necesita de vuestra protección.

—¡El capitán Bella-Rosa! exclamó el duque. Y repentinamente corrió a abrazarle.

—Buscais mi apoyo, y este no puede faltáros, dijo; por otra parte, siendo yo la causa del mal, me toca repararlo.

Bella-Rosa quiso interrumpirle; el señor de Luxemburgo le contuvo.

—Ciertamente he hecho cuanto he podido; pero supuesto que no he obtenido lo que deseaba, nada he hecho. El incendio del convento de las damas benedictinas de la calle de Cherche-Midi y el rapto de la señora de Albergotti, hicieron abortar mis gestiones en el momento que estas iban a tener éxito. El rey ha visto en ello un atentado contra la religión, y ya sabeis lo que es en estas cuestiones. Me vi obligado a callar, esperando que todo se olvidaría. Pero estamos en vísperas de operaciones, y ya sabeis que la espada lo conquista todo.

—¡Probaremos, dijo Bella-Rosa con orgullo.

con de un continente, no solo afectan á las diversas partes que los defienden ó impugnan, sino que, como nacidos y proclamados al amparo de la civilización, afectan á todos los pueblos. Las nacionalidades que se crean ó que resucitan, invocan el apoyo moral ó material de todas las nacionalidades en cuya familia quieren entrar; los accidentes más insignificantes al parecer, que nacen de las funciones gubernativas de un país, tienen al momento su reflejo en la tranquilidad y en la atención de todos. La normalidad de la vida social del mundo no puede turbarse un instante sin empeñar en su más ó menos fundado movimiento á todos los gobiernos. Borradas ya las distancias, confundidos e identificados el comercio, la producción, la industria; siendo la ciencia patrimonio de todos, la prensa voz del universo, y la civilización su lenguaje, los pueblos no viven solo para sí, viven también para los demás pueblos. Por eso las cuestiones internacionales son las grandes cuestiones de nuestra época.

Pues bien: en el estado actual de esa solidaridad de intereses, de esa dependencia moral é intelectual de unos pueblos con otros; en esa emancipación que hoy agita al mundo político, ¿somos algo? ¿Debemos querer algo? ¿Podemos hacer algo?

Hay una escuela que contesta á todo esto con una negación absoluta. Hay una escuela que prescinde de nuestro pasado, ó que si algo deduce de él es la necesidad de resignarnos á la inacción; hay quien piensa que todavía estamos socialmente muertos; que el período de nuestra decadencia está muy lejos de terminarse; que antes que obrar, debemos buscarnos los medios de acción que nos faltan; que debemos resignarnos á expiar nuestros errores históricos, hundiendo el frente en el polvo de nuestras miserias, en la oscuridad de nuestro apartamiento; que debemos esperar del acaso ó de manos extrañas el bálsamo de nuestra resurrección. Hay una escuela, ó escasa de entendimiento, ó tímida de corazón, que piensa, que cree que no somos nada, y que dice que no debemos hacer nada.

La fórmula de esa escuela es la de perpétua y absoluta neutralidad; es la de aconsejarnos que permanezcamos cruzados de brazos ante el llamamiento de las leyes civilizadoras, viendo pasar y suceder con culpable indiferencia las grandes transformaciones, las grandes conquistas, las grandes realidades de nuestro siglo. Y esto se pretende decir en nombre de nuestro interés propio; esto se llama el feudo egoísta de nuestra nacionalidad, el camino donde únicamente podremos levantarnos, no apoyándonos en otro principio que en los de nuestra conveniencia privada, no utilizando más que nuestras débiles fuerzas para acrecerlas; viviendo como Marruecos, como esos miserios pueblos á donde no se ha abierto paso todavía la verdad religiosa, la verdad intelectual, la verdad política; haciendo buena, en fin, la frase insultante, injusta, falsa é ímpia con la que alguno dijo que el África empieza en los Pirineos.

Esa escuela no es nuestra escuela; esa doctrina no es nuestra doctrina; esas aspiraciones no son ni pueden ser las nuestras.

Nosotros no podemos renunciar á nuestra historia; nosotros no podemos olvidar lo que la España cristiana ha servido al mundo, luchando durante siete siglos contra la raza que lo hubiera dominado sin duda, que hubiera acaso abogado en su cuna la civilización por quien hoy vive; nosotros no podemos olvidar lo que la España independiente y altiva ha dado en ejemplo á todos los pueblos débiles, desde que sirvió de eterna barrera al vuelo de las águilas romanas, hasta que venció á Napoleón; nosotros no podemos olvidar que fuimos un día el emporio de la cultura, los dominadores materiales y morales de dos continentes; que nuestra literatura, nuestros códigos, nuestras instituciones han servido de base á la obra regeneradora de muchos pueblos.

—Y no os han de faltar ocasiones, amigo Santiago, contestó el duque, que al ver á Bella-Rosa parecía rejuvenecer diez años lo menos. Se me han contado cosas que prueban que vuestra mano no se ha hecho pesada durante la paz. Haced lo que debéis, y seréis el más fuerte. Estais ya entre nosotros; el ejército es una gran familia, y todos los soldados somos hermanos. Venid á mí si alguno os molesta, y aun á costa de mi misma espada quedareis sano y salvo en el campamento.

El señor de Luxemburgo abrió los despachos que el señor de Nanrais le había entregado; sus ojos se inflamaron durante su lectura.

—La guerra! Señores, exclamó con voz vibrante, el rey pasa revista á las tropas; y en cuanto á nosotros, pasaremos en seguida la frontera.

Cuando Bella-Rosa y el señor de Nanrais salieron, hallaron varios grupos de oficiales que esperaban en la puerta de la residencia del duque. Al oír la noticia de que al día siguiente se empezaba la guerra, hubo mil gritos y aclamaciones de entusiasmo. La noticia circuló como por ensalmo, sembrando por todo el campamento una emberguez general; los soldados colocaban los morriones en la punta de la bayoneta y se abrazaban los unos á los otros.

Al llegar la noche, encendiéronse hogueras en toda la línea, y el campo presentó el aspecto de un hormiguero de soldados que estaban poseídos de un ardor calenturiento. Lo que había previsto el señor de Luxemburgo sucedió; los oficiales que habían servido con Bella-Rosa en el mismo cuerpo de ejército en 1868, le acogieron con entusiasmo y como á hermano de armas y lo presentaron á sus nuevos camaradas. En caso necesario, hubiese hallado el capitán cincuenta espadas para batirse en su defensa, y todas las tiendas para alojarle. El regimiento de la Ferté, en el cual había hecho sus primeros ensayos y ganado su primer grado, corrió en masa al rededor de él, y entre los soldados, todos los oficiales, á los cuales había sabido inspirarles afecto por su valor, todos á la vez se disputaban la

Nosotros no podemos desconocer nuestro presente; nosotros no podemos desconocer que la España regenerada y libre, asociada al espíritu de nuestro siglo, es la España resucitada y grande, que ocupa hoy un noble puesto en la comunidad de las naciones florecientes y poderosas.

Nosotros no podemos desconocer el gran porvenir que indudablemente nos está reservado; ese porvenir que nos anuncian ya nuestros consumados progresos, que nos darán definitivamente los que estamos llamados á realizar con la ayuda de nuestra actividad, de nuestro carácter, con el desenvolvimiento de todos los gérmenes de nuestra grandeza y de nuestro poderío.

Y porque nada de esto desconocemos ni podemos desconocer; porque tenemos gran veneración á la gloria de nuestro pasado, grande y legítimo orgullo de nuestro presente, grande esperanza en nuestro porvenir, por esto creemos que no es la inacción, que no es la inercia, que no es la quietud absoluta, que no es, en fin, la neutralidad egoísta y maléfica la que debe presidir á nuestras relaciones internacionales.

No; España no puede vivir atejada de las grandes ideas, de los grandes principios, de las grandes contiendas civilizadoras; tenemos hoy la conciencia de nuestra fuerza, de la terminación de nuestra decadencia; acabamos de tener una guerra, una lucha importantísima, en la cual hemos brillado con todas las grandes dotes de un gran pueblo, con el patriotismo, con el honor, con el valor, con la abnegación, con el humanitarismo, con la victoria. En todas nuestras clases está hoy la conciencia de nuestra ilustración, de nuestra vigorosa iniciativa. La política que en nuestras relaciones internacionales nos condena á desempeñar papeles secundarios, á obedecer prescripciones de influencia más ó menos poderosas, pero que no se ajusten al estricto sentido de la justicia, á las exigencias de nuestros verdaderos intereses, esa no será nunca nuestra política.

Queremos, por el contrario, una política exterior activa, enérgica, fecunda; queremos ver asociada la España á las buenas y nobles causas; queremos que las naciones que representen esas causas y que luchan por ellas, nos vean siempre á su lado, ó con la participación de nuestros leales consejos, ó con la ayuda de nuestro poder. Queremos solo la neutralidad cuando sea útil por lo justo, conveniente por lo oportuno, digna por sus esenciales fundamentos. En este caso, la neutralidad no será la inacción, será todo lo contrario; será la manifestación de la voluntad y de la iniciativa de una nación por muchos títulos grande.

En una palabra: queremos que España sea lo que no ha dejado de ser nunca el pueblo español, lo que puede y debe ser: una gran nación. Queremos que se borre de un todo la injuria de 1815, que tan injustamente se nos inflirió, excluyéndonos del número de las primeras potencias, precisamente por el acuerdo de aquellos á cuya salvación habíamos contribuido con la iniciativa del heroísmo y con la constancia de los grandes pueblos.

La política que tiende á este fin elevado y patriótico; la política que nos conquista en el exterior ese puesto, que en ningún sentido puede negárseles, esa será nuestra política.

Mañana acabaremos de expresar nuestro pensamiento.

Muy aborrotado encontramos á nuestro colega La Epoca con motivo del artículo que bajo el epígrafe «Dificultades electorales» publicó El Contemporáneo, y que nosotros copiamos en el número del miércoles. Suspirar en demasía, La Epoca cree ver en aquel escrito directas alusiones á su propia conducta, y se lamenta de que El Reino, «periódico genuinamente ministerial, el que con mayor derecho puede ostentar este título,» le apadrine y contribuya á mantener viva la discordia entre los defensores de la situación.

En primer lugar, debemos dar las gracias á La Epoca porque reconoce con franqueza el derecho incontrovertible que nos asiste para defender á este ministerio. Tiempo hubo, allá cuando

honra de darle un apretón de manos. En cuanto á Pedro, apenas hubo dejado al señor de Nanrais, cuando ya estuvo á su lado. Había ascendido á cabo, y después á sargento, y todo su delirio era el llegar á capitán. Al cabo de una hora La-Deroute volvió, acompañado por una docena de sargentos que había reclutado entre sus antiguos conocimientos.

—Nuestro perdón está en la punta de nuestras espadas, le dijo Bella-Rosa.

—Entonces ya le tenemos, dijo La-Deroute con la mayor calma.

Aquella noche el sargento se durmió encima de un cañón.

LI.

El Rhin.

La invasión de la Holanda en 1672 fué como un relámpago en día sereno, para valernos de la expresión del caballero Temple. Cien mil hombres á la vez abandonaban sus acantonamientos de Flandes, y atravesando el Sambre y el Meuse, penetraban en los Países-Bajos. El ejército se apoderó en seguida de Rhimberg, Orsoy, Wesel y Burch, echando al enemigo aterrado. Unos resultados tan rápidos inflamaban el ardor de los oficiales. Sometida Liege, quedaba abierto el acceso contra la república; dejaban á un lado á Maestricht, cuyo sitio hubiese podido retardar la marcha de las tropas, y adelantaban rápidamente. Erol acababa de caer en poder del duque de Luxemburgo, cuando el 12 de Junio el rey en persona llegó á las orillas del Rhin. El príncipe de Condé estaba con él, y el duque de Luxemburgo se unió con el gran capitán. El Rhin pasado, ya no había más que el Isel entre Luis XIV y Amsterdam.

Bella-Rosa y La-Deroute se habían apresurado, después de la capitulación de Erol, á unirse al cuartel general, donde la presencia del rey y del príncipe de Condé llamaba gran número de voluntarios. Desde las alturas de Sberenberg se descubría el curso del Rhin y del Isel, Welaw y Belan: la isla estaba defendida por el fuerte de Schenck, y cubierto por el Wahal,

La Epoca empezaba á brindar con su apoyo al actual gabinete, en que pretendió justificar su ministerialismo demostrando la inconsecuencia que, á su modo de ver, encerraba nuestra favorable actitud. Hoy nos reconoce un derecho preferente á ocupar el puesto que ocupamos, derecho que no puede fundarse en otra cosa más que en la exacta conformidad de nuestro criterio político con el del gobierno; y nosotros nos felicitamos y felicitamos á nuestro colega por la declaración que ahora hace y que prueba su cordura y buena fe.

En cuanto á las precisas y terminantes explicaciones que nos demanda La Epoca, no tenemos inconveniente en dárselas, por más que las juzgamos innecesarias, si se tiene en cuenta la franqueza y claridad con que siempre acostumbra á manifestar nuestros pensamientos.

¿Cree La Epoca que si nos hubiera parecido conducente dirigirle alguna reconvencción, censurar su proceder bajo cualquier aspecto, hubiéramos recurrido á copiar palabras de otro periódico? No le consta que nosotros no nos hemos mordido la lengua para discutir su conducta, lo mismo mientras fué ministerial del gabinete O'Donnell-Posada que luego cuando se ha acogido á la bandera de conciliación enarbolada por el gabinete Miraflores? Pues si eso es cierto, ¿á qué viene suponer intenciones hostiles á La Epoca en el hecho de haber reproducido las saludables advertencias que nuestro apreciable colega El Contemporáneo dirige al gabinete?

Si otra cosa fuera, lo diríamos; pero la verdad es que en el artículo de El Contemporáneo no hemos visto esas emboscadas alusiones que La Epoca se empeña en aplicarse. El Contemporáneo repite una vez más lo que nosotros hemos dicho también en más de una ocasión: que permanecen en sus puestos altos funcionarios procedentes de la administración anterior, de quienes hay poderosas razones para temer que no han de servir al gobierno actual con todo el celo, con toda la lealtad que los ministros deben exigir de sus subordinados, y aconseja á aquel que tome las medidas oportunas á fin de evitarse la terrible decepción que le proporcionaría su lenidad y tolerancia en las circunstancias gravísimas por que va á atravesar el país.

Y ¿qué razones tiene La Epoca para creer que contra ella fulminamos indirectamente esas acusaciones de deslealtad? ¿Son sus redactores altos funcionarios? ¿No ha protestado en repetidas ocasiones este periódico de su lealtad para con la actual situación? ¿Y no dijimos en el último artículo en que pensamos ocuparnos por última vez de esta enojosa cuestión, que no poníamos en duda la sinceridad de las intenciones de La Epoca, puesto que ella así lo aseguraba? Con venga, pues, La Epoca en que su alarma es infundada, y extemporánea la resurrección de una polémica que habíamos dejado ya terminada por nuestra parte.

Nos figurábamos que no tendríamos necesidad de repetir; pero las lamentaciones de la acogida Epoca exigen que nosotros, á fuer de galantes, la tranquilicemos. Deseamos que la conciliación proclamada por el gabinete que preside el señor marqués de Miraflores, sea todo lo amplia posible; queremos que alcance á todos los partidarios de las ideas conservadoras liberales, sea la que quiera su filiación, con tal que se propongan secundar con entera buena fe las levantadas miras del ministerio. Así, pues, no pretendemos limitar las huestes defensoras de la situación á solo los individuos de la fracción disidente; aceptamos también á la minoría moderada que á nuestro lado combatió á la anterior situación en nombre de los principios liberales conculcados y desconocidos; y no tenemos inconveniente en aceptar los elementos de la antigua mayoría, que reconociendo sus yerros se avengan á ajustarse al patriótico pensamiento del gabinete.

No podemos llevar más lejos nuestro deseo de ver realizada la unión constitucional, que es el bello ideal de nuestras aspiraciones; pero ¿dejaremos de ser conciliadores, desconoceremos el espíritu que anima al gobierno porque nos duela verle amenazado por la mala fe de algunos que á la sombra de la conciliación proclamada trabajan por arruinar el edificio que les alberga?

Conste que no rechazamos los servidores leales, sino á los que creemos que no lo son; que nos importaría poco que esos servidores vinieran de los filas de la antigua mayoría, siempre que se atemperen al espíritu del nuevo orden de cosas, porque nosotros damos á los actos y á las ideas más importancia que á las personas.

Le perdonamos á La Epoca la ofensa que nos infliere, al suponer que la conducta que seguimos en el asunto de los funcionarios conspiradores es cuestión de vacantes. Muy dura contestación podríamos dar á La Epoca; pero nos limitare-

cuya grande é impetuosa corriente le ponía al abrigo de todo ataque. El príncipe de Orange había dejado en la orilla derecha del Rhin uno de sus oficiales generales, Montbas, comisario general de la caballería de los Estados, con ocho regimientos divididos en tres campamentos, que vigilaban los pasos desde el fuerte de Schenck hasta Coihem: el uno, sobre Hussen; el otro en Borgschott, y el tercero en Tolhus. Detrás de estos campamentos se extendían unas inmensas llanuras ó arenas, llenos de diques y fosos. Partidas de caballería recorrían continuamente la orilla, expandiendo las operaciones de las tropas francesas, que no tenían para introducirse en la Holanda otro paso que el espacio comprendido entre Arnheim y el fuerte de Schenck. Más arriba se hallaba el Wahal, rápido como un torrente; más abajo había una línea de plazas fuertes.

Durante la noche que precedió á la llegada del rey, Bella-Rosa se levantó y salió de la tienda. Pero lo hizo con tanto sigilo, que La-Deroute, que dormía en la misma tienda, no le oyó. Cuando llegó á pocos pasos de la tienda, Bella-Rosa sacó su caballo, tomólo por la rienda y se salió del campamento, no sin antes haber envuelto con las camisas los cascos del caballo para que no hiciese ruido. Pasó el último centinela, y tomó á escape la dirección del río. Á la orilla opuesta se veían las hogueras de los holandeses, y solo se oía en el silencio de la noche los gritos de alerta de los centinelas. El agua del Rhin hacía el ruido que es consiguiente. Bella-Rosa tomó la orilla y siguió las sinuosidades de la misma, siempre mirando adelante. Hacía ya tres ó cuatro horas que Bella-Rosa había dejado el campo, cuando un cañazo despertó al sargento. La-Deroute abrió los ojos y miró á su alrededor, viendo tan solo á Grippard, que estaba roncando. Cornelio se hallaba en aquel instante cerca del fuerte de Nanrais. Un segundo cañazo sacó á La-Deroute de su letargo; se levantó, y dejando aún dormir á Grippard, se salió de la tienda. Una docena de cañazos que se oyeron en la orilla opuesta le hicieron correr hacia el lado del Rhin, sospechando que Bella-Rosa, por medio de al-

mos á recordarle el proceder digno de imitación, realizado por nuestros amigos políticos en el momento que no estuvieren conformes con la marcha de la anterior administración, y las solemnes protestas más de una vez hechas por nosotros desde que somos ministeriales, de arrojar lejos de nosotros las prenda de alianza que con la situación nos ligan, tan pronto como viéramos postergados nuestros principios.

Haga, pues, La Epoca justicia al espíritu que nos anima, y no trate de curarse en salud, reproduciendo inoportuna é inconvenientemente polémicas que habíamos hecho formal propósito de no volver á tocar.

La Discusión, aunque con formas suaves, increpa á La Iberia y á Las Novedades porque muestran deseos ó tienen conatos de hacer alto en el camino emprendido, y cuyo término es la abstención en las próximas elecciones.

Al propio tiempo el diario democrático aplaude la firmeza con que El Clamor sigue predicando la política de retraimiento.

La Discusión, especie de nuevo rey Sobrino, quiere poner paz en el campo de Agramante progresista, y ser el director de la política de abstención.

La fraternidad á que aspira el órgano de la democracia, y la armonía que trata de restablecer, se explican en cierto modo, si se atiende á que más de una vez se ha dicho, quizá con fundamento, que entre los demócratas y los progresistas existen algunos misteriosos lazos y no pocas afinidades en el fondo de sus doctrinas, en el fin común que pretenden y en los medios para realizar ese fin.

Pero Las Novedades, hoy, siguiendo á La Iberia en la evolución que ayer emprendió, exhuma en cierto modo la famosa fórmula de «Cumplase la voluntad nacional,» diciendo lo que sigue:

«Por estas razones, si hoy no decide el partido progresista alejarse de las urnas electorales, y abandonar el campo á sus adversarios, creemos que esta será la última vez que luche; la última que tome parte en esa contienda tan desigualmente injusta, tan arbitrariamente decidida siempre.

Nosotros personalmente somos hace tiempo partidarios del retraimiento; pero, como hemos dicho antes, esta es una cuestión de conducta en la cual toca decidir á la mayoría de los progresistas.

Cualquiera que sea su decisión, nosotros aconsejaremos á nuestros amigos que la acepten; pues en cuestiones de conducta lo que importa ante todo es que el partido se presente unido y compacto. Si se decide la abstención, ningún progresista debe venir al Congreso; si se decide la lucha, todos deben luchar.»

Tan encontrados pareceres demuestran, como ayer decíamos, que cunde el cisma en el campo progresista, con cuyo motivo escribe hoy El Contemporáneo lo siguiente:

«D. Salustiano Olózaga, que ha debido llegar esta noche á Madrid en compañía del Sr. Sagasta, se dice que ha opinado por la abstención completa. Entretanto, personas que parecen bien informadas aseguran que el general Prim no se muestra conforme ni dispuesto á secundar esta extraña actitud de un partido que voluntariamente se destierra de las luchas legales, teniendo abiertos todos los caminos que á ellas conducen. Únase á esto que los progresistas de provincias unos quieren reunirse, otros no, y no faltan algunos que ya se han reunido, y se tendrá una idea de lo que acontece.»

Este verdadero imbroglio, progresista puro, prueba además que el partido que se dice defensor por excelencia de todas las libertades y custodia de todos los derechos, está lastimosamente fraccionado.

Pero la intenció está conocida; la protesta en pie; la resistencia pasiva comenzada á propagar; y si semejante resistencia no se convierte en un hecho consumado, no será ciertamente por falta de voluntad y de propósito de algunos, sino porque la mayoría del partido progresista, sensata, legal y constitucional, rechaza esa política de abstención, que es el primer paso que conduce á las vías revolucionarias.

Nosotros, que deseamos que si realmente el partido progresista existe, nos dé el mismo fin de su existencia, como agrupación política fuerte y respetable, dudáramos aún con más razón de la que hoy tenemos para dudar de la vitalidad de ese partido, cuando viéramos que abandonando el terreno legal, el único posible y aceptable para luchar dentro de la Constitución, hacia un llamamiento á las malas pasiones por medio de esa abstención, que á nadie tanto como á sus prohombres perjudicaría.

Porque, en suma, la existencia de un partido

gana de sus empresas atrevidas, se hubiese dirigido hacia allí. Al acercarse á la orilla vio un hombre á caballo galopando. La-Deroute conoció en seguida á Bella-Rosa, á pesar de la oscuridad que reinaba.

—¡Rh, capitán! exclamó, ¿se decir que sois vos la causa de tanto ruido?

—Es posible, dijo Bella-Rosa.

Acababa apenas de hablar, cuando una chispa se vió en la torre de Tolhus, y una bala rompió un tronco que estaba á veinte pasos de ellos.

—Ahora estoy cierto de ello, replicó La-Deroute con la mayor tranquilidad. ¿Qué mojado estais! ¿De dónde diablos venis?

—Vengo, en apariencia, del Rhin; respondió Bella-Rosa sacudiendo su capa mojada.

—Vamos, el baño ha sido con música; pero no sé comprender la utilidad de vuestra excursión.

Bella-Rosa se sonrió.

—Cuando yo era muy niño, dijo apoyando la mano en la espalda del sargento, mi querido padre me hacía leer muy á menudo en un viejo y grande libro donde había milares de sentencias escritas. En él hallé un refrán que no olvidaré nunca.

—¿Qué refrán?

—Es: «Buscad y hallareis.»

—Y bien! ¿Qué prueba esto? preguntó La-Deroute, que se devanaba los sesos para ver qué relación podía tener la excursión con el refrán, y entre los holandeses y el viejo libro del padre de Bella-Rosa.

—Esto prueba que he buscado y he hallado.

La-Deroute, cuya inteligencia no era á propósito para descifrar enigmas y parábolas, renunció luego á comprender; Bella-Rosa no era muerto ni herido: lo demás le importaba nada más que un poco. Cuando entraron en la tienda, Grippard aún estaba durmiendo. Al tercer cañazo despertó también, pero se volvió á dormir en seguida. Luego que se hubo cambiado los vestidos, Bella-Rosa se dirigió al alojamiento del señor de Luxemburgo. Al siguiente día el príncipe de Condé hizo preparar dos baterías y montar un

se reconoce cuando, además de presentar un núcleo de hombres importantes, perfectamente identificados en unas comunes creencias, todos mes en tener y considerar á un jefe, sea tal inextinguible antipatía, de encontradas miras.

Ahora bien: ¿Puede decirse que el partido progresista, compacto, unido, como si fuera un solo hombre, tiene ese credo, respecto del cual no hay discrepancia?

¿Quién es el jefe, y quiénes los directores de ese partido? Si los diarios progresistas aciertan á contestarnos con pruebas á las dos anteriores preguntas, entonces convendremos en que hasta el día estuvimos completamente equivocados.

Por de pronto, la abstención absoluta que hoy predica alguno de los diarios aludidos, y la abstención condicional, y á reserva de lo que resuelva la mayoría que otros proclaman, nos demuestran evidentemente que ó están muy relajados los vínculos que deben ligar á todos los elementos que componen el partido progresista, ó que algunos hombres, aviesos y malquistos con la ordenada marcha legal, quieren arrogarse una representación que no se les ha dado, ó hacer un peligroso é imprudente alarde, ineludible por completo en cuanto á los resultados que se proponen.

Los dos medios legales en que todas las parcialidades políticas deben librar el triunfo de sus doctrinas, son la tribuna parlamentaria y la de la prensa.

La primera no se llega sino pasando antes por el campo electoral, en el que cada individualidad debe hacer sus pruebas para que la opinión pública forme su juicio.

Una vez salvada esta valla, los partidos, provocando amplios y luminosos debates, se atraen las simpatías de esa opinión ó se las engañan, según que sean ó no buenas las doctrinas que sustentan.

Y en esas luchas se patentiza la uniformidad de miras y propósitos de los partidos, ó se revela su desajustamiento, su desunión, su impotencia para constituir á su vez gobiernos fuertes y con condiciones que garanticen la conservación de todas las preciosas conquistas de la libertad.

Abandonar, pues, ese terreno, desertar de él, equivale á declararse derrotados, ó á declararse revolucionarios.

Elijan los hombres que se llaman progresistas, y acepten de antemano las consecuencias de su conducta, si por fin se resuelven á seguir los consejos de los que predicaban esas abstenciones absurdas, que demuestran precisamente, y en último término, lo contrario de lo que con ellas se quiere demostrar.

El largo silencio guardado por el gabinete de San Petersburgo ante la petición de una audiencia que se le ha hecho por los representantes de tres grandes potencias, es objeto de muy vivos comentarios por parte de varios personajes y diarios de Londres y Viena.

Se quiere ver en este insólito silencio un nuevo indicio sobre las disposiciones cada vez menos favorables del gobierno ruso.

En dichas dos capitales juzgan que las contestaciones de las tres notas, como no invitán al gabinete de San Petersburgo á formular una nueva respuesta, el príncipe Gortschakoff se limitará á acusar el recibí y dejará á las potencias en la expectativa de resoluciones ulteriores por parte de él.

Nos limitamos á reproducir esta suposición, así como la interpretación dada á la tardanza que experimenta la comunicación de las notas inglesa, francesa y austríaca.

En Varsovia corria estos últimos días el rumor de la llegada á aquella ciudad de M. de Budberg, embajador ruso en París. El Diario de Posen del 20 indica hasta el palacio en que se albergó M. de Budberg, y el Cas del día 22 dice que este diplomático ha guardado el más riguroso incognito.

El Congreso de soberanos continúa en Frankfurt sus deliberaciones. Se ha anunciado á los ministros de cada uno de los principes reunidos una Memoria escrita por M. de Reichenberg.

En la citada Memoria se dice que los augustos deliberantes deben, por razones capitales, ponerse de acuerdo sobre los puntos esenciales del programa, y no separarse hasta terminar esta obra preliminar.

Resulta, no obstante, de las indiscreciones de los diarios alemanes, que las discusiones son muy vivas, sobre todo por parte de los soberanos de

punto de barcos. Desde las alturas de Sberenberg, Luis XIV examinaba las posiciones de los enemigos. Mientras que colocaban las piezas que debían proteger las operaciones militares, el señor de Luxemburgo se acercó al príncipe de Condé y le habló al oído un rato. El príncipe dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—¿Y es hombre seguro? exclamó en seguida.

—Tanto como yo mismo, respondió el duque.

—¿Y bien! que lo pruebe, replicó el príncipe.

Bella-Rosa estaba á algunos pasos de los oficiales generales espionando su conversacion con su mirada. Á una señal del duque de Luxemburgo, se acercó.

—Aquí tenéis al señor príncipe de Condé, que os permite hacer lo que bien os parezca; id, pues, le dijo el duque.

Bella-Rosa hizo un saludo y tiró de la espada.

—¡Rh! caballero, añadió el príncipe, es una empresa muy atrevida que podría costar, sin resultados, la vida á muchos bravos soldados. Os suplico que toméis el menor número posible.

—Dadme diez hombres, si quereis, señor príncipe, respondió Bella-Rosa.

—Os daré veinte; y si la cosa es posible, estad cierto que en seguida nos hallaremos á vuestro lado. Soldado yo, allí iré inmediatamente; general, tengo el deber de esperar.

Bella-Rosa marchó como un rayo. Diez coraceros del regimiento de Revel, diez voluntarios de entre los guardias de corps, y tres ó cuatro oficiales del estado mayor del príncipe de Condé, le siguieron. No se sabía lo que pretendía hacer, pero lo hallaron con una partida iban juntos Cornelio, La-Deroute y Grippard. Cuando llegaban á la orilla del río se hallaron con una partida de nobles, entre los que se hallaba el señor de Prouvaux-mereux. El jóven oficial iba vestido de gran uniforme, esperando que se batirían un poco.

—¿Dónde vais, pues? preguntó el conde.

—¡Allá abajo! respondió Bella-Rosa, señalando con la punta de la espada la torre de Tolhus.

(Se continuará.)

Estados de segundo orden, los cuales se opo-
nían a las disposiciones del proyecto, destinadas á
la Baviera una situación superior á la de estos
países.

El Congreso de los diputados ha cerrado sus
sesiones. M. de Bennigsen pronunció un discurso
relativo á la reforma de la constitución; pero si sus
propuestas son vanas por causa de los gobiernos,
él vendrá quizás un partido más moderado
con pretensiones, y tal vez hagan renacer as-
pectos lúgubres.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

CRÓNICA GENERAL.

Enterado un perro viejo de que en Inglaterra
existe un refugio para recoger los perros vagamundos,
en donde los cuidan y tratan con el mayor esmero,
deseo de emigrar de su amada patria que tan mal le
paga, ha dirigido al gobierno inglés la siguiente solici-
tud que ha llegado á nuestras manos, y que nos apresu-
ramos á publicar. Dice así:
«Delustramos misterios—de la misma Inglaterra:
—un chusque de los mejores—y de los más ladrones
—que pasean esta tierra,
—a vuslas reverente,—meneándoles el rabo—que de-
trás lleva pendiente,—como er más humilde esclavo,
—háceles hoy presente:
Que ha leído en *Times*,—papel que de ahí nos
mandan—casi todos los meses,—que los chusques
ahí andan,—lo más que se les puede—
Poique di que han hecho osté—un refugio pa enser-
narllos,—señó, que tiene que vé,—aonde les dan de co-
mó—y de bebé hasta jartarlos.
Por lo mismo, yo que soy—un probe que ya de
jambre—casi lo mismo estoy—que un perro jecho de
alambre,—un favor á peirlles voy;
—No hubiera en ese hospital—que osté dicen can-
fundido,—para este probe animal—un cuartico reser-
vado—dónde no lo pase mal?
Si es así, por Dios les pío—que me avisen ar momen-
to,—y más ligero que er viento—verán que no me des-
cuió—para ocupar mi aposento.
Poique aquí en peligro eterno—estamos los perros
vagos—metidos en un infierno,—que er bando de buen
gobierno—nos ofrece mil estragos.
Aquí dichoso er que pilla—un güeso por la mañana
—ó cuauquiera otra cosa así,—si no da con la morcilla
—que nos laiga doña Urbana.
Esta seña es tan guapa,—tan rumbosa y tan salá,
—que ar probe chusque que strapa—le da tan buena
jartá,—que de seguro no escapa.
Por esta misma razón—me encuentro siempre asus-
tado—por miedo á una jartason—de morcilla;—de escamó-
no me prubeo ya er sarchieho.
Esto no es vivo, señores,—vida tan perra me agobia,
—y tó poique jartaron—dican que con los calores—
—nos entra la hidropofobia.
Por eso er mundo no jiere;—pa nosotros no hay de-
fensa,—iguasque tandem abutere.—?—Ya lo creo; si la
prensa—es la que menos nos quiere!
Esta para nuestra grey—esta una plaga fatal;—su có-
digo criminal—para nós tiene esta ley:—morcilla, en-
cuerdo, bozal.
—Bozal para nuestra raza!—Yo á ti, pues que tales
bienes—nos regalas, por rapasa,—te pondría una mor-
daza,—aun mayor que la que tienes.
Náide cual la grey perruna—es su eterna pessidi-
lla,—no hay un día que por fortuna—deja de laigarnos
una—insurtaente gacatilla.
—No fuera más racioná,—que en vez de tan crua
guerra,—los diese á tós por charlá—jasta que se hie-
ciese acá—lo que ahí en Inglaterra?
Entonces se acabaría—la horrible carnicería—que
nos trae á los perros tós—empreras; tal perrera—no
tiene perdón de Dios.
En vista de tal crueldá—y del perpetuo peligro—en
que estamos tiempo há,—yo, renunciandome, emigro,
—y ¡viva la libertad!
Poique á esta vida tan perra,—este perro no se ja-
ya,—por lo mismo de esta tierra—me laigo, y á Ingla-
terra,—vóime á buscar la gandaya.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

El Sr. M. el Rey está muy aliviado.
Así lo consigna hoy, con gran satisfacción
nuestra, la Gaceta en el siguiente parte:
«El Sr. M. el Rey nuestro señor continúa
mejorando, y su estado de salud es de tal
naturaleza que se le permite salir de su
cuarto en toda la Alemania la mayor inquietud.

SECCION RELIGIOSA.

SANTO DE MAÑANA. La Degollacion de San Juan Bau-
tista.
FUNCIONES DE IGLESIA. Cuarenta horas en la de San-
to Tomás, donde continúa la novena de Nuestra Señora
de la Consolacion. A las diez habrá misa mayor con
sermon, y por la tarde ejercicios.
Prosigue celebrándose la novena de Nuestra Señora
del Olvido, en San Francisco, y la del Sagrado Cora-
zon de María, en San Cayetano.
En San Sebastian dará principio la novena de Nues-
tra Señora de la Misericordia. A las diez será la misa
mayor con S. D. M. manifiesto, y sermón que predi-
cará D. Joaquin Gomez Mogena. Por la tarde se ma-
nifestará á las cinco y cuarto, rezándose la estacion y
rosario, á que seguirá el sermón; despues la novena,
gozos y reserva, finalizando con la letanía y salva en
el altar de Nuestra Señora.
En la iglesia de monjas de Santa Isabel se cantará al
anocheer, á grande orquesta, una solemne salá á
Nuestra Señora de la Consolacion y Correa.

SECCION COMERCIAL.

BOLSA DE MADRID.
Cotizacion del día 27 de Agosto de 1863.
PONDOS PÚBLICOS.
Títulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 53.
Títulos del 3 por 100 diferido, publicado, 48-50; á
plazo, 48-50 fin próx. vol.
Deuda amortizable de primera clase, no publicado,
37-50.
Deuda amortizable de segunda clase, no publicado,
27-45.
Deuda del personal, no publicado, 24-50 d.
Deuda municipal de sisas del ayuntamiento de Ma-
drid, con 2 1/2 de interés anual, no publicado, 48 d.
Obligaciones municipales al portador, de á 1,000
reales, 6 por 100 de interés anual, no publicado, 92 d.
Acciones de carreteras, emision de 1.º de Abril
de 1850, de á 4,000 rs., 6 por 100 anual, no publicado,
90-40.
Idem de á 2,000 rs., no publicado, 99-50 d.
Idem de 1.º de Junio de 1851, de á 2,000 rs., no pu-
blicado, 98-75.
Idem de 31 de Agosto de 1852, de á 2,000 rs., no pu-
blicado, 104 d.
Idem 9 de Marzo de 1855, procedente de la de 13 de
Agosto de 1852, de á 2,000 rs., no publicado, 101.
Idem de 1.º de Julio de 1856, de á 2,000 rs., no pu-
blicado, 98-60 d.
Idem de obras públicas de 1.º de Julio de 1858,
no publicado, 95-75 d.
Idem del canal de Isabel II de á 1,000 rs., 8 por 100
anual, no publicado, 110-50 p.
Obligaciones del Estado para subvenciones de ferro-
carriles, publicado, 97-95.
Acciones del Banco de España, no publicado, 220.
CAMBIO.
Londres á 90 días fecha, 50-05 d.
París á 8 días vista, 5-21 p.
Hamburgo á 8 días vista, 44-20 d.

ESPECTÁCULOS.

CIRCO DE PANCE. A las ocho y media de la noche—
Segunda representación de la pieza mimico-cómica *La
casa mágica*.—Los pormenores de esta funcion se anun-
ciarán por carteles.
CIRCO DEL PRÍNCIPE ALFONSO. A las ocho y media de
la noche.—Vigésima cuarta representación del célebre
Leotard.—Los pormenores se anunciarán por carteles,
y los programas se distribuirán á la entrada del circo.
Editor responsable: D. MANUEL MARTINEZ.
Madrid: 1863.—Imp. de M. Tello, Preciados, 86.

